

**bam
bú**

La tribu de los Zippoli

David Nel·lo



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2017, David Nello, por el texto
© 2017, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera,
por la traducción
© 2017, Pere Ginard, por las ilustraciones
© 2017, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2017
ISBN: 978-84-8343-511-3
Depósito legal: B-1253-2017
Printed in Spain
Impreso en Anzós, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si ne-
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
/ 93 272 04 45).



1. Guillermo y la lectura

A Guillermo no le gustaba leer, no le gustaba nada, cosa que, ciertamente, no tenía por qué ser un obstáculo, porque muchos de sus compañeros solo leían lo que les mandaban en el colegio y nunca se les habría ocurrido abrir un libro por gusto. Sin embargo, la diferencia era que en su familia todos eran grandes lectores... Todos menos él. Sus padres, los señores Caldara, estaban locos por los libros. El padre se tomaba el café de la mañana leyendo un libro, la madre aprovechaba para leer un poco mientras se lavaba los dientes antes de acostarse, moviendo el cepillo de arriba abajo y de abajo arriba. El hermano de Guillermo, que se llamaba Nicolás y tenía quince meses más que él, leía a todas horas.

Como os podéis imaginar, en una casa así era difícil no ser lector; más o menos como si a una familia de carniceros le saliera un hijo que no comiera filetes ni longaniza.

–Vamos, enano, ¿por qué no coges un libro de una vez y te pones a leer? –le decía Nicolás.

–No me apetece –se defendía Guillermo.

A menudo, en la mesa, la familia hablaba de los libros que estaban leyendo y todos tenían algo que decir.

–Y tú, Guillermo, ¿qué estás leyendo? –le preguntaba el señor Caldara al cabo de un rato.

Guillermo se encogía de hombros y decía en voz baja:

–No estoy leyendo nada.

Y, a partir de ahí, sabía lo que iba a pasar: todos empezarían a calentarle la cabeza con las excelencias de la lectura: que era muy importante, que se aprendían muchas cosas, que te lo pasabas bien, que era una aventura, bla, bla, bla...

Pero ¿por qué creéis que a Guillermo no le gustaba leer? La verdad, era un secreto que guardaba muy bien, no quería que nadie lo supiera. La razón por la que no le gustaba era que se le daba muy mal. De pequeño, justo cuando aprendían a leer, fue uno de los últimos en descubrir cómo se hacía. Veía las páginas llenas de letras y signos y le entraban mareos, porque era incapaz de entender cómo funcionaba la lectura.

–Vamos, Guillermo, ¡te toca! –le decía la maestra, cuando leían en voz alta en clase.

Entonces se le aceleraba el corazón y parecía que las palabras se ponían borrosas.

–Pa..., blo... –empezaba con voz ronca-. Pablo..., pes..., pesca..., *pesces...* ¡Ay, no!... Quiero decir..., pesca peces...

Algunos niños se reían y eso empeoraba las cosas, porque sabía que la próxima vez que le tocara leer lo haría peor

aún, por el temor a las burlas de los demás. Si al menos fuera disléxico, como otros compañeros de clase, a lo mejor no se metían con él, pero ni siquiera tenía esa excusa.

Como es lógico, con el tiempo aprendió a leer, pero nunca le resultaba fácil ni agradable, no era una actividad que haría voluntariamente, por placer. Y todavía ahora, a los diez años, había muchísimas palabras que no sabía cómo se pronunciaban ni qué significaban.

–Cuando encontréis una palabra que no entendáis, buscadla en el diccionario –les decía la maestra.

Guillermo lo intentó una vez, pero fue un fracaso estrepitoso. Su madre le había regalado un libro que tenía buena pinta; se titulaba *El misterio de la noche*, y en el dibujo de la cubierta había un caserón envuelto en niebla y una silueta que se escondía detrás de una lápida de cementerio.

Aquel día Guillermo se encerró en su habitación. Se sentó en la cama con un montón de cojines para apoyar la espalda y abrió el libro con mucha ilusión. A lo mejor se convertía en el primero que podría leer sin atascarse. Además, el título le gustaba: ¿cuál sería el misterio que escondía la historia?

«Era un anochecer triste y crepuscular...».

Así empezaba el nuevo libro. «¿Ves como es una porquería?», pensó enseguida. Era la primera frase y ya había una palabra que no entendía y otra de la que no estaba seguro. «Anochecer», quería decir «noche», más o menos. Entonces, ¿por qué demonios no decían «noche» y ya está? Pero lo peor era lo otro. «Crepuscular», ¡qué horror!

Por una vez, y con la mejor intención, se levantó, fue a la librería de sus padres y cogió el diccionario, que era una especie de monstruo viejo y grueso. Se lo llevó a la habitación y se puso a buscar la palabrita desconocida. Tardó un buen rato, porque no dominaba muy bien el abecedario, pero al final la encontró.

«Crepuscular: relativo o perteneciente al crepúsculo».

Esa era la explicación del diccionario. ¿Estaban de broma o qué? ¿Qué caca de explicación era esa? Para empezar, no entendía lo que quería decir «relativo o perteneciente». Y encima, otra vez el maldito «crepúsculo», que parecía primo carnal de «crepuscular» y no aclaraba nada su significado.

Aquella noche, para cenar, la señora Caldara le sirvió un plato de sopa, le acarició la cabeza y le preguntó:

–Bueno, Guillermo, ¿has empezado ya el libro que te regalé?

Guillermo quería esconder la cabeza en el plato de sopa. Para empezar, no respondió.

–Vamos, enano, ¿no oyes lo que te ha preguntado mamá? –lo machacó Nicolás.

–¿Qué? –dijo él, haciéndose el despistado.

–Pues eso, que si te gusta el libro nuevo.

–No, porque no lo entiendo –refunfuñó, y notó que se ruborizaba y que las orejas le ardían.

–¿Cuántas páginas has leído? –le preguntó su hermano. Silencio.

–¡Venga, dilo! Como mínimo habrás leído un capítulo, ¿o no?

Guillermo no podía contener las lágrimas, pero, a pesar de todo, respondió:

–No, solo la primera frase, aunque..., no la he entendido.

–Mamá, este niño es subnormal, a lo mejor hay que llevarlo al médico –dijo Nicolás.

–¡Nico, haz el favor! –lo regañó su padre, que hasta ese momento había preferido concentrarse en lo que tenía en el plato–. Ya te hemos dicho mil veces que no nos gusta que digas esas cosas. Y todavía menos si es para ridiculizar a tu hermano.

–¡Pero es que tengo razón! –refunfuñó Nicolás–. ¡Es de idiotas juzgar un libro solo por la primera frase!

–Bien, niños, ya basta. No quiero oír ni el vuelo de una mosca hasta que terminéis la sopa.

Todos obedecieron las órdenes de la señora Caldara, pero Guillermo notaba que las lágrimas le rodaban por la nariz y caían en la cuchara llena de sopa. De cuando en cuando miraba a su hermano por el rabillo del ojo y Nicolás le respondía con una mueca.

¿Verdad que se entiende muy bien que a Guillermo se le atravesara la lectura?

2. Miércoles: día de biblioteca

En el colegio de Guillermo, los miércoles a las doce, justo antes de la comida, toda la clase iba a la biblioteca a elegir un libro de lectura. En su clase había pocos aficionados a la lectura, pero esos pocos esperaban con ilusión la visita a la biblioteca. Otros lo veían como una buena ocasión para perder el tiempo y jugar a empujarse por los pasillos, mientras la maestra, Catalina, hablaba con la bibliotecaria, que era una maestra muy vieja a quien todo el mundo llamaba señora Milstein.

Pero, como os podéis imaginar, para Guillermo era uno de los peores momentos de la semana. En cuanto entraba en la sala de la biblioteca y se veía rodeado de estanterías repletas de libros, se le ponía un peso en el estómago y le daban ganas de gritar y salir corriendo.

Aquel miércoles, el del principio de esta historia, era el segundo del mes de diciembre; fuera hacía mucho frío. Cuando iban por uno de los pasillos del colegio, Guillermo y un amigo suyo, que se llamaba Ludovico, se detuvieron al lado de una ventana y se quedaron contemplando el paisaje.

–Vamos, ¿qué hacéis ahí parados? –los regañó Catalina.

–Me parece que esta tarde va a nevar –dijo Ludovico.

–Muy bien, pero ahora no toca eso. Vamos, que la señora Milstein nos está esperando.

A regañadientes, Guillermo despegó la nariz del frío cristal de la ventana. ¡Con lo que le gustaba mirar las montañas del otro lado de la ciudad e imaginarse que de ese cielo oscuro y cargado a lo mejor empezaba a caer nieve sobre todo lo que se veía!

En la biblioteca, lo primero que tenían que hacer era elegir los libros que querían sacar en préstamo. Después se ponían en fila y esperaban a que les tocara el turno para rellenar la ficha que les daba la señora Milstein.

–Guillermo, ¿tú qué vas a coger? –le preguntó Ludovico.

–No sé.

–A mí me gusta una colección de una pandilla de amigos que tienen un perro y siempre les pasan aventuras –dijo Ludovico, que no era un gran lector, aunque leía más que su amigo–. ¿Y tú?

–A lo mejor cojo dos Tintines –dijo Guillermo.

–Pero ya sabes lo que pasa con los cómics. La señora Milstein siempre dice que no cuentan como libros y que tienes que llevarte como mínimo uno que sea de palabras sin dibujos.

Guillermo no dijo nada, pero sabía que su amigo tenía razón. La señora Milstein era muy estricta con las normas. A pesar de todo, eligió *El loto azul* y *El tesoro de Rackham el Rojo* y se puso en la cola. A medida que avanzaba y se acercaba el momento de la verdad, se le aceleraba el corazón. «¡Que me deje sacar los *Tintines*, por favor, que me deje sacarlos!», se decía en voz baja.

La señora Milstein era como un animal prehistórico. Cuando te miraba por encima de las gafitas de montura dorada, con esos ojos viejos y cansados que tenía, te daba la sensación de que no era una mujer, sino una tortuga antigua que se había transformado en bibliotecaria. Siempre tenía en la mano un lapicero y una goma de borrar. El lápiz tenía la punta muy afilada, porque una de las extrañas pasiones de la señora Milstein eran los sacapuntas. La goma era de la marca Milan, siempre del número 430, porque le gustaban las gomas de borrar blandas.

–Buenos días nos dé Dios, Guillermo Caldara –le dijo la bibliotecaria cuando le llegó el turno.

Al oír ese saludo tan anticuado, el mismo que decía su abuela, empezaron a temblarle las manos.

–Hola, señora Milstein.

–Veamos... Un momentito, que busco tu ficha... Caldara... Caldara –dijo ella, mientras revolvía en una voluminosa carpeta que contenía todas las fichas de los alumnos del colegio.

Como podéis suponer, la señora Milstein no era partidaria de tener las fichas en el ordenador, con un programa informático, cosa que habría sido mucho más rápida y

práctica para buscar a los lectores. No, ella creía fervorosamente en el papel, el lápiz y la goma.

–¡Ah, aquí estás!... Guillermo Caldara. La ficha nos dice que la semana pasada te llevaste dos álbumes de Tintín, *Las joyas de la Castafiore* y *Tintín en el Tíbet*. Además, cogiste un libro muy cortito que te recomendé yo, *La abuela está enferma y yo la ayudo*. Espero que te gustara, porque es un libro muy poético.

–Sí me gustó –dijo Guillermo, pero la verdad es que lo había leído sin ganas y ahora ya no se acordaba de casi nada, solo de que se trataba de una abuela y su nieta, que iba al mercado para hacerle la compra.

–Y esta semana ¿qué has elegido? –le preguntó la señora Milstein, mirándolo por encima de las gafas como una tortuga milenaria.

Guillermo dejó los dos Tintines en el mostrador de la bibliotecaria sin decir nada.

–¡Caramba, Guillermo! –dijo la señora Milstein–. Estás obsesionado con Tintín, ¿no? Bueno, bueno, no te digo nada. Pero ya sabes cuáles son las normas. Está muy bien que cojas dos tebeos, pero también tienes que llevarte un libro sin ilustraciones.

Guillermo no sabía qué decir, y cuando vio que la bibliotecaria lo apuntaba con el lápiz puntiagudo, reaccionó.

–Un momento, ahora mismo lo pienso.

Entretanto, todos sus compañeros de clase habían elegido lo que querían y tenían ganas de marcharse de la biblioteca, porque era el territorio de la señora Milstein y a nadie le gustaba estar allí mucho tiempo.

–Oye, Guillermo –le dijo Catalina–, nosotros volvemos al aula; en cuanto termines, vas para allí, ¿de acuerdo?

Él dijo que sí con la cabeza y se quedó un instante viendo salir a sus compañeros de la sala de la biblioteca en fila de a dos, con la maestra en primer lugar.

–Elige, hijo, elige –le dijo la señora Milstein–. Ya sabes que yo me paso aquí todo el santo día y no tengo prisa. Como mucho será Catalina la que se enfade si no espabilas.

Era la primera vez que Guillermo se quedaba solo en la biblioteca, sin los demás niños de la clase, y le resultaba raro. De pronto se dio cuenta de que alguien canturreaba con voz grave. Se volvió y vio que era la señora Milstein, que, con la boca cerrada, entonaba una melodía medieval mientras aprovechaba para sacarle punta al lápiz.

–Guillermo Caldara, si me permites que te dé un consejo –dijo la bibliotecaria unos momentos después–, en aquella estantería de debajo de la ventana que da a la montaña tenemos los libros más antiguos, y, ahora que no nos oye nadie, te aseguro que son los mejores.

Guillermo no dijo nada, pero en su fuero interno pensó que a la señora Milstein le faltaba un tornillo. A él no le gustaban los libros sin dibujos, y, menos aún, si eran antiguos, olían a viejo y a menudo se desencuadernaban. A pesar de todo, le hizo caso porque no quería complicarse la vida con la bibliotecaria. Cogió el primer volumen de la estantería y, con un pequeño esfuerzo, leyó el título: *Los grandes monarcas de la historia europea*. Era un libro de páginas amarillentas, con el lomo medio partido. El siguiente era peor todavía: *Biografía del emperador Augusto*.

Un tocho de seiscientas páginas con una sola ilustración en la primera: un busto de piedra con la nariz rota, que debía de ser el emperador del título y tenía pinta de romano.

–¿Qué, has encontrado algo que te apetezca? –dijo la señora Milstein y, antes de que Guillermo contestara, se puso a canturrear otra vez en voz baja.

Pero enseguida se interrumpió.

–Date prisa, Guillermo Caldara, porque si no Catalina se va a impacientar, y yo no quiero líos.

–¡Ya voy, ya voy! –dijo Guillermo, desde la estantería de las antiguallas.

3. Un libro curioso

Fue entonces cuando Guillermo descubrió, detrás de los libros, uno que se había caído y había quedado atrapado entre el estante y la pared. Alargó la mano para sacarlo, pero no había manera, no podía.

–¿Qué haces, Guillermo? ¡Vamos, que es para hoy! –gritó la señora Milstein desde su mesa.

–Un momentito, por favor, que ya he encontrado uno que me gusta –dijo él.

Tan deprisa como pudo, retiró los libros del estante y los dejó en el suelo para rescatar el que se había caído. A todo esto, temía que la bibliotecaria se acercara a ver qué pasaba. Estaba seguro de que, si la señora Milstein lo pillaba con todos los libros por el suelo, se enfadaría muchísimo. Con cuidado, empezó a tirar del libro atascado. Lo



hacía poco a poco, solo con dos dedos, porque no le cabía la mano entera en un espacio tan estrecho. Por fin lo sacó de allí y, sin detenerse a ver cómo era, volvió a poner los otros en su sitio.

Seguramente jamás habría elegido ese libro si no hubiera encontrado tantas dificultades para cogerlo. El reto de rescatarlo fue lo que lo ayudó a decidir.

–Me llevo este, señora Milstein –dijo, al llegar al mostrador de la bibliotecaria.

Ella lo cogió y se quedó un rato mirando la cubierta. Después chasqueó la lengua con un gesto que parecía de desaprobación.

–*La tribu de los Zippoli*, ¡qué título tan desabrido! –dijo, y añadió–: Veo que el autor es un tal Jakob Klein; pues has de saber que es un escritor bastante desconocido. A ver, Guillermo, de entre todos los libros excelentes que hay en la biblioteca, ¿estás seguro de que quieres llevarte precisamente este?

–Sí, por favor, sí –dijo Guillermo.

–Está bien.

A continuación, la señora Milstein abrió el libro y buscó el número de referencia para apuntarlo en la ficha de Guillermo. Pero, de pronto, soltó un grito:

–¡Ay, Virgen Santa! Pero ¡si este libro no está catalogado!

–Y eso ¿qué quiere decir? –preguntó Guillermo.

–Quiere decir, Guillermo Caldara, que no vas a poder llevártelo, porque, si se te extravía, no tendríamos constancia de ello. Ya sabes que las normas de la biblioteca son muy precisas.

Al oírlo le entraron ganas de llorar. No sabía muy bien por qué, pero de repente se dio cuenta de que deseaba llevárselo por encima de todo.

–Y ¿por qué no le pone el número usted ahora mismo? Así ya estará catalogado –se atrevió a decir.

La señora Milstein hizo un gesto negativo con la cabeza, lentamente, como una tortuga adormilada, y cerró los ojos. Después miró a Guillermo por encima de las gafitas, con algo semejante a una sonrisa misteriosa, le pareció, una cosa nunca vista.

–A ver, Guillermo Caldara: por una vez en mi vida voy a hacer una excepción. Pero pobre de ti si se lo cuentas a tus compañeros o a tu maestra. Tiene que ser un secreto entre tú y yo. Me entiendes, ¿verdad?

Guillermo asintió con un movimiento de cabeza y tragó saliva. También era un hecho extraordinario compartir un secreto con la señora Milstein.

Entonces ella pegó una etiqueta en el interior de la cubierta del libro y, con su lápiz puntiagudo, escribió: Klein J. 324. Después rellenó la ficha de Guillermo con el título de los tres libros que se llevaba y dijo:

–Puedes quedártelos una semana, ya lo sabes.

Guillermo se lo agradeció y salió muy deprisa de la biblioteca, con los libros bajo el brazo. Corrió por el pasillo y, cuando llegó a la puerta del aula, se detuvo un momento. Antes de entrar en clase quería echarle un vistazo al libro que tanto le había costado conseguir. Estaba encuadernado en tela marrón, con las letras del título en dorado: *La tribu de los Zippoli*, y, debajo, el nombre del autor, Jakob

Klein, en un tipo de letra más pequeño. En una tira de papel pegada en la parte inferior de la cubierta, había un dibujo de un grupo de personajes vestidos con falditas de plumas y descalzos, que parecían bailar una danza ritual.

En el preciso instante en que Guillermo se disponía a abrirlo, oyó un ruido y levantó la vista. La directora del colegio se acercaba desde el fondo del pasillo. Se paró en seco delante de él y lo miró severamente, casi como enfadada.

–¿Qué haces aquí, Guillermo? ¿Te han castigado? –le preguntó.

–No, no, es que venía de la biblioteca y me he entretenido un poco.

–Pues, hala, entra en el aula, que ya sabes que no me gustan los alumnos holgazanes.

Guillermo dijo que sí con la cabeza y abrió la puerta de la clase. Al verlo entrar, Catalina le dijo que ya era hora y él se apresuró a sentarse en su sitio, al lado de Ludovico.

–¿Qué libro has cogido al final? –le preguntó su amigo en un susurro.

–Uno muy antiguo que se titula *La tribu de los Zippoli*.

–¿De qué va?

–No lo sé, no me ha dado tiempo a mirarlo, pero supongo que será de aventuras.

–¿Me dejas verlo?

–Sí, luego, a la hora de comer.

En ese momento, Catalina los fulminó con la mirada y les dijo que hicieran el favor de callar.

Durante un buen rato, lo único que se oyó en la clase fueron las explicaciones de la maestra. Pero, de repente,

Teresa, que se sentaba delante de Guillermo, señaló las ventanas y soltó un grito:

—¡Nieva! ¡Está nevando!

Y eso fue el fin de la paz y la tranquilidad, porque no hay maestra en el mundo que pueda contener a los alumnos y obligarlos a sentarse a estudiar cuando caen los primeros copos de nieve. Todos los niños de la clase se precipitaron a las ventanas riéndose y gritando, porque era la primera nevada del año, y ya se sabe que la primera siempre es la más bonita.

Negó tres horas sin parar y a la hora del recreo no bajó nadie al patio, pero, a la salida, todos se morían de ganas de pisar la nieve, y los que volvían solos a casa se consideraban afortunados porque sabían que tendrían más libertad para jugar por el camino. Guillermo, Ludovico, Teresa y Marta eran algunos de los afortunados, y salieron del colegio como si fueran exploradores del Polo Norte. En cuanto pisaron la calle, convertida en un espacio blanco y luminoso, se pusieron a correr y a saltar. Estaban tan animados que más de una vez resbalaron y se cayeron de culo encima de la nieve. Pero les daba igual mojar-se o tener frío: la ciudad blanca era una gran atracción. Llegaron a casa, merendaron a toda prisa, se abrigaron convenientemente, se pusieron las botas de montaña y volvieron a salir. Vivían los cuatro en la misma calle, así que habían quedado para ir a jugar con la nueva diversión. Hicieron muñecos, organizaron batallas de bolas y disfrutaron del momento como si fuera la primera vez que veían la nieve.

No dejó de nevar hasta el sábado y, a pesar de que la novedad perdió un poco de fuerza, Guillermo y sus compañeros no paraban en todo el día. Todo era una aventura; se levantaban por la mañana y lo primero que hacían era mirar por la ventana para ver si la nieve había cubierto algún coche aparcado en la calle. Después salían temprano de casa porque, con la nieve, tardaban más en llegar al colegio. El maestro de gimnasia, Luis, repartió unas palas y, entre todos, hicieron grandes montones con la nieve del patio, para limpiarlo y no correr peligro de resbalarse.

Y con tanta juerga y tanta emoción, ¿qué creéis que pasó con los tres libros que Guillermo había sacado de la biblioteca? Nada de nada. Se quedaron abandonados en el suelo de su habitación, debajo de la litera de abajo, que es donde dormía él. No se acordó de ellos hasta el sábado por la tarde. Se había pasado la mañana jugando con sus amigos y, al volver a casa, se dio cuenta de que tenía los pies mojados y moqueaba mucho. Se había acatarrado. Al oír el primer estornudo, la señora Caldara le dijo que se pusiera un jersey grueso y se diera un buen baño de pies, para entrar en calor.

Guillermo hizo caso del consejo de su madre y llenó el bidé de agua caliente. Después fue a su habitación y cogió los tres libros de debajo de la cama. Se quedó un momento mirando la cubierta de *La tribu de los Zippoli*, pero decidió que no lo iba a leer hasta el final. Quería retrasar al máximo la emoción del descubrimiento. (Y, en realidad, tal vez le daba miedo que fuera otro libro odioso más: lleno de renglones y más renglones de palabras sin una triste ilustración).

tracción que animara la lectura). No, prefería empezar por los *Tintines*, que eran como viejos amigos. Se sentó en el borde de la bañera y abrió *El secreto de Rackham el Rojo* por la primera página. Tal como estaba, con los pies como peces, nadando en el agua caliente, leyó las aventuras de Tintín.

Pero lo que todavía no sabía era que, cuando terminara los *Tintines* y cogiera el libro misterioso que había recuperado de la biblioteca, se iba a llevar una gran sorpresa.